

MUÑECOS DE TRAPO

Jóvenes aymaras migran del campo, de la pobreza, de la desesperanza, a la ciudad. Llegan a El Alto, antesala de la capital boliviana, La Paz, y se deslumbran. Les entra la modernidad en el cuerpo. Pero lo que traen en el bolsillo es mucho más pequeño que el mundo ancho y ajeno que descubren. Sin dinero y con el deseo a flor de piel, se juntan y forman pandillas. Señalada como corrupta, la policía sobra. Por eso, los vecinos del barrio Huayna Potosí conformaron brigadas de vigilancia integradas por ellos mismos siguiendo costumbres comunitarias propias del origen de estos pobladores migrantes aymaras. Su mejor símbolo de seguridad: los muñecos de trapo en los postes de luz.

Cecilia Lanza

cingalesa@hotmail.com / www.contramano.tv

Periodista. Magister en Estudios Culturales, ha publicado algunos libros de crónica. Produce y dirige el programa televisivo *Contramano*. Mención 2006 de la Asociación de Periodistas de la Paz en el marco del Premio Nacional de Periodismo. Es columnista del diario *La Prensa*.

La seguridad atada al poste de luz

Nos citamos temprano por la mañana en la Ceja de El Alto. Desde el centro de la ciudad de La Paz son 25 minutos de viaje en un minibús que no lleva más de 20 personas pero que cuando se le antoja puede cargar el doble de gente y no pasa nada. El minibús es el transporte más popular y parte de la identidad caótica de ambas urbes bolivianas: La Paz y El Alto.

El trayecto es, cada vez más, a la inversa: de abajo hacia arriba. Desde esta ciudad rodeada de montañas que ellos llaman *la hoyada*, hasta esa cima altiplánica donde viven: El Alto. Un nombre por demás elocuente. Porque desde allí arriba, a 12 kilómetros de la ciudad de La Paz, los alteños, más que vecinos, parecen vigilantes al acecho de este hoyo en el que habita el poder político boliviano.

Así fue como en octubre del año 2003, los alteños enardecidos cercaron *la hoyada* bloqueando el paso de camiones cargados de Gas Licuado del Petroleo (GLP) y alimentos que bajaban a La Paz, como medida de protesta: había comenzado la guerra del gas. Esa que después de más de 60 muertos, echó a pedradas a Gonzalo Sánchez de Lozada, el presidente.

A partir de entonces, los ojos del mundo se posaron sobre El Alto, como si esa ciudad de migrantes aymaras y quechuas, acabase de nacer. Claro, medio siglo atrás, quién iba a fijarse en ese barrio marginal de la ciudad de La Paz, poblado de indios. Alejado, frío y casi inhóspito, asentado en pleno altiplano, nadie imaginó no sólo que superaría en cantidad de población a la ciudad de La Paz, sino que sería el inmenso bolsón de los desdichados de gran parte de este país: indígenas, campesinos y ex mineros echados de sus fuentes de trabajo en Oruro y Potosí. Se calcula que El Alto tiene hoy más de un millón de habitantes. Según el último censo nacional, es la tercera ciudad más poblada de Bolivia y es también la ciudad más pobre de este país: el 70% de su gente vive por debajo del umbral de la pobreza. Pensar que hasta octubre de 2003 El Alto era invisible a los ojos del propio país que a partir de entonces comenzó a mirarse en el espejo y a descubrir –sorprendido– la dimensión de su rostro indígena.

Por eso el trayecto desde La Paz hacia El Alto es cada vez más... natural. Hasta hace poco tiempo atrás, El Alto era considerado una *ciudad dormitorio*. Pero si antes eran los alteños quienes bajaban a la hoyada a trabajar o en busca de trabajo, ahora somos los paceños quienes subimos cada vez con más frecuencia, para intentar comprender lo que sucede en este país arrebatado.

Arriba, en La Ceja, me espera Juan Yhonny Mollericona con su gorro algo rapero. Del cuello para abajo, demasiado formal. Como su nombre mismo pero a la inversa. Juan es hijo de esta generación de jóvenes migrantes, nacido en la provincia Camacho, criado en el puesto de venta callejero de su madre en la avenida Buenos Aires, vecino del barrio Tacagua, en las laderas de la urbe paceña. Juan es locuaz pero habla poco de su infancia, sólo al paso, una noche me dijo que su vida había sido “graaave” y

que vivió solo desde sus 13 años. De allí para adelante, alquilando cuartos, como gran parte de los jóvenes migrantes, Juan terminó viviendo en El Alto. Pero su historia no acaba en la pandilla como quisiera una crónica amarilla. Juan, atento y curioso, desde niño observaba a los ladrones del barrio chino, vecinos de su zona. El caso es que Juan solitario se inscribió en la carrera de sociología de la Universidad Mayor de San Andrés en *la hoyada*. Juan, sociólogo de 30 años, ganó una beca del Programa de Investigación Estratégica en Bolivia (PIEB) y hoy es un especialista en temas de seguridad ciudadana en El Alto. Como está desempleado, me acompaña al barrio Huayna Potosí, al norte en el altiplano alteño. 30 minutos de trayecto son insuficientes pero no alcanzan para que Juan me cuente que aún entre pobres, hay diferencias.

Norte y sur. Ciudad Satélite, al sur, es la zona residencial de El Alto. Casi todas sus calles están pavimentadas, hay alumbrado público y los servicios básicos llegan casi a todos los hogares. Allí viven migrantes urbanos considerados el “rebalse de la hoyada”. Ellos, como en la zona sur de La Paz, el barrio rico, tienen seguridad privada porque pueden pagarla. Eso no garantiza, sin embargo, que no exista delincuencia. De hecho, El Alto es hoy la ciudad más insegura del país. Eso es así en las estadísticas oficiales y en la furia de los alteños que hace poco rompieron vidrios, prendieron fuego y destrozaron lo que pudieron de bares, cantinas y prostíbulos, porque están hartos del desmadre callejero.

El minibús en el que vamos se detiene en cada esquina. Juan aprovecha para mostrarme los muñecos de trapo de tamaño natural que cuelgan de los postes, cual ladrones ajusticiados. Entonces me habla de la particularidad del barrio Huayna Potosí. Hace rato que el asfalto quedó atrás.

Entre el campo y la ciudad moderna

“Robos y asaltos hay en todas partes”, dice Juan, antes de bajar del minibús. La particularidad radica entonces en “la emergencia de grupos juveniles que influyen en la sensación de inseguridad de la gente. Las pandillas han proliferado”. El minibús se detiene, bajamos y le pregunto “¿Por qué?”.

Juan cree que este es un problema estructural muy complejo. En todo caso se adelanta a decirme que la pobreza no es lo fundamental. El Alto tiene un rostro demasiado joven, más de la mitad de la población tiene menos de 20 años, eso tiene sus “pros” y sus “contras”, dice Juan. “Aquí entran en juego los consumos culturales de las pandillas, primero por imitación de las películas: comenzaron siendo un grupo de baile y luego pandillas; todo esto mediado por el alcohol y las drogas”, explica y subraya el asunto del consumo cultural porque el joven aymara llega del campo y se topa con El Alto, explotado de discotecas, y entonces dice: “soy moderno, visto moderno y me peino moderno”.

Los ojos le brillan y se esmera en explicar lo que sigue: “la gente cree que aquí en El Alto somos bárbaros, que derrocamos gobiernos, que hacemos linchamientos....

El Alto es una sociedad más compleja, más interesante...". Entonces insisto en la cantidad de delitos, en la presencia de tantos muñecos colgados en los postes de toda la urbe alteña y entonces Juan habla del entorno físico urbano que es "fundamental", porque "si no hay luz en las calles, si las casas son tan precarias... es decir, mientras más barreras restrictivas haya, menos delito habrá". Y las barreras restrictivas son por aquí los muñecos linchados en cada poste de luz.

Bajamos en la avenida principal de Huayna Potosí, ancha y asfaltada, un contraste propio de todo El Alto: una avenida así, inaugurada ayer, y a la vuelta de la esquina altiplano, barranco y pobreza.

En esta equina hay una cancha multifuncional a los pies de la sede social de la junta de vecinos. Un grupo de mujeres, arrastrando sus polleras (vestido de la mujer indígena), están empedrando una parte de la vereda: con carretillas y palas, cargan arena, traen piedras... trabajan. Ese es el rasgo que diferencia a los migrantes alteños de esta zona: el trabajo comunitario o, como me diría Juan en el minibús, la "estructura mental" de las comunidades aymaras que "apoya a su estructura organizativa y se conforma colectivamente para todo: marchas, trabajos en el barrio..., igual que en el campo". Con esa misma lógica idearon el asunto de las brigadas de seguridad vecinal.

Entre las mujeres, aparece don César Huanca, presidente de la junta de vecinos. No habíamos concertado ninguna cita, él estaba allí, ayudando y supervisando el trabajo. Se acerca, se alegra porque la presencia de algún periodista por aquí es nula y ellos necesitan contar sus necesidades y su experiencia con relación a cómo se han organizado para combatir la inseguridad, y porque eso suma puntos a favor de su gestión que lleva ya un año. Nos vamos a su sede social en plena construcción. Allí me habla del escaso presupuesto que maneja la junta de vecinos a su cargo: con todo el dinero del año sólo alcanzaría –"obra vendida", dice con gran conocimiento– para asfaltar cuatro cuadras, por eso ellos se organizan y como contraparte dan su trabajo, compran arena o traen piedras y "jalan" (hacen alcanzar) para nueve cuadras. Todo, para evidenciar su pobreza y desamparo ante la delincuencia. Porque así, nadie podría pagar, además, un guardia privado.

Por eso, además de los afanes de pavimento y arena, el otro, ese que los ocupa todos los días de su vida, es la inseguridad. Cómo no, si el otro día mataron a un joven aquí nomás. Cómo no, si ha habido violaciones, si a cada rato aparecen cadáveres en el río a pocas cuadras, "dice que los traen de otros lados", asegura don César.

Huayna Potosí es tan grande que se dividió en tres secciones para que el presupuesto otorgado por el municipio se reparta entre tres. Allí viven más o menos 7000 vecinos, dice don César, calculando que hay mil lotes donde habitan de cinco a tres familias.

Aquí la gente trabaja de sol a sol. Ellos son artesanos como don César que hace sombreros, o albañiles como cientos de ellos, o comerciantes informales las mujeres.

Salen en la madrugada y regresan como a las 10 de la noche. Para no dejar las casas solas, las encargan a sus inquilinos, o a sus vecinos, o se turnan para salir, o se consiguen un buen perro. Y es que los robos aquí suceden cuando menos dos por día. Otros dicen diez. Y es eso lo que indigna: “robar a un pobre”, se lamenta don César.

–“Vivimos prácticamente armados”, dice el dirigente. A pocas cuadras está el Distrito Policial Nº 5 al que los vecinos no le tienen ninguna confianza, porque no hace nada y porque sobre la policía pesa la garrapata de la corrupción. Por eso se han armado con palos, pitos y campanas, articulando un sistema de comunicación de alarma en cadena que sin embargo hoy se ha modernizado gracias al teléfono celular. Porque podrán ser muy pobres, pero la gran mayoría tiene un celular además, claro, de un televisor, aunque fuese diminuto y en blanco y negro.

“Se entra el ladrón y ese rato comenzamos a golpear los postes de metal con piedra”, relata don César, así se activa la alarma y el sistema se expande: el que oye hace sonar su pito y entre pitos y campanas (el sonido metálico de los postes) el barrio entero se moviliza y todos salen en ayuda de la víctima. Si atrapan al ladrón, el asunto se complica hasta el borde mismo del delito que pasa a manos de los vecinos: el linchamiento.

“No hemos cometido todavía ese delito”, aclara don César, pero también advierte que si las autoridades no hacen caso de sus denuncias cuando atrapan a un ladrón, “a diario escucharemos acerca de linchamientos”, dice con algo de cuidado porque hace poco él fue buscado por la fiscalía. Es que los vecinos estuvieron al borde, atraparon al ladrón y le dieron un escarmiento tal que la policía poco pudo hacer, aunque evitó el linchamiento. “Le hemos dado un castigo comunitario” explica don César que como dirigente está obligado a responder: “es que cuando la turba se enardece, ya está”, concluye.

“Hoy por ti, mañana por mí”

La mayoría de los vecinos de Huayna Potosí viene del campo. Ellos reproducen en el barrio sus costumbres comunitarias como el *ayni*, ese sistema de trabajo basado en la reciprocidad entre los miembros del ayllu (la comunidad indígena) que todavía se mantiene. “Hoy por ti, mañana por mí”, ese es el *ayni*. Todos trabajan a favor de uno. Cuando lo requieran, éste hará lo mismo por los demás.

Ese es el principio rector de las brigadas de seguridad conformadas por ellos mismos: cuatro miembros cada una, a veces más, generalmente hombres, aunque también van mujeres, “madres de familia”, aclara César. Por sectores y de acuerdo con un sistema de turnos, estos vecinos, uniformados de sí mismos, armados con pitos, piedras y palos, rondan por los lugares sospechosos. Comienzan a eso de las diez de la noche, que es cuando llegan del trabajo, hasta las dos de la mañana, luego entra otro turno hasta las cuatro ó seis del día siguiente, tiritando los dos a cuatro grados bajo cero.

Trasnochar y amanecerse no es extraordinario. La raza de bronce tiene sus propias razones para sentirse tal cosa. Aquí la gente está en pie cuando todavía es de noche. Seguramente por eso este serenazgo comunitario fue en parte alentado por don Florencio Mamani, sereno nocturno en un edificio de Sopocachi, el barrio residencial del centro de la ciudad de La Paz.

Desde que don Florencio decidió inscribirse en la carrera de ciencias de la educación de la Universidad Pública de El Alto (UPEA) carga siempre un montón de papeles, casi ostentando su condición universitaria a sus 54 años de edad. Su traza de universitario tardío tiene un sombrero de niño que supongo ayuda a paliar el sol y el frío que calan por igual. Como en tantos otros rostros indígenas, en este, además de todo, escasean los dientes. Pero a Florencio le sobra entusiasmo, “tenía 45 cuando entré a la Universidad”, se jacta contando además que en la vida fue, es y será de todo: minero, administrativo, ayudante de cocina, garzón, regente de colegio, sereno, estudiante y futuro maestro, sin contar el libro que tiene escrito sobre la historia de la UPEA. Eso me dijo días después, un sábado de asamblea general de la Junta de Vecinos de Huayna Potosí, primera sección, suspendida en medio del frío, la lluvia y un partido de fútbol televisado Argentina-Bolivia. Obvio.

Los genes del sindicalismo

Don Florencio, como la tercera parte de los migrantes alteños (las otras dos son campesinos y “rebalse urbano”), es un ex trabajador de la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL) echado cuando en 1985 se decretó en el país el libre mercado y la libre contratación: la maldición del neoliberalismo. Miles de mineros “relocalizados” fueron a dar a El Alto. Esto explica, según Florencio, el espíritu revolucionario alteño por cuyas venas corre sangre minera. “Siempre he sido dirigente”, dice, “en la COMIBOL he aprendido el sindicalismo”. De ahí que como él señala “muchos compañeros de la COMIBOL están dirigiendo hoy instituciones combativas de El Alto. Esa gente minera no es así nomás. Han traído el aspecto sindicalista, fuerte... Tienen esa escuela, esa formación.”

Con ese mismo impulso, Florencio empujó el asunto de las brigadas barriales. Como todos aquí hicieron el servicio militar o son ex policías, más fácil. “Salíamos entre tres: el delegado del sector más otros miembros, jefes de manzano (cuadra). Era obligatorio”, explica un poco decepcionado porque el patrullaje vecinal por ahora está en receso. Con más razón, él igualito se da sus vueltitas por ahí, todas las noches al salir de la escuela nocturna donde trabaja como regente hace 22 años.

Dos décadas lidiando con la disciplina de los jóvenes estudiantes, ciertamente han agudizado el sentido de vigilancia de Florencio. Por eso me explica todos los códigos de los changos pependieros, por ejemplo, los petardos que lanzan a eso de las nueve de la noche como llamada a reunirse en alguna plazuela, “como padres y vecinos ya hemos investigado”, advierte, “cuando sucede algo, salimos y con piedras tocamos los postes

de galvanizado". Como la mayoría de los vecinos, éste apunta igualmente a los jóvenes y pandilleros. Un arrabal le echa la culpa al otro. "Vienen de otro barrio" dicen.

A falta de carne... ¡aserrín!

La seguridad privada es cosa de gente con plata y por aquí eso no hay. Entonces, a falta de carne y hueso, aserrín. Igual que el día en que las mujeres construían las veredas, el trabajo con los muñecos repite la costumbre comunitaria. Se reúnen, hombres y mujeres y con gran entusiasmo moldean el cuerpo de la víctima. Cada uno trae algo: un pantalón, una chompa, una polera, gorra, zapatos, pasamontañas, a imagen y semejanza del ladrón que aprehendieron o de los que aparecen en la tele o en el EXTRA, el periódico de crónica roja.

Don Raúl, vecino del barrio contiguo, me contó que "su" muñeco guardián, ese que colgó en el poste de "su" esquina, ese que cuida su casa desde el día que asaltaron la tienda de la planta baja, lo construyó él solito con ropa americana de la Feria 16 de Julio (el mercado de ropa usada más grande del país): pantalón 1 boliviano (0,13 centavos de dólar), el resto del atuendo más o menos por ahí, menos las zapatillas deportivas y el cuerpo henchido de trapos, además de la pintura que dibuja el rostro y los efectos especiales: sangre..., un buen puñal, una cicatriz... y, claro, el cartel ("ladrón que sea atrapado, será linchado"; "muerte para el ladrón"; "ladrón será colgado"). Todo por 100 bolivianos (13 dólares americanos). Caro. Pero ciertamente más barato que un guardia de verdad.

Lo que importa es el valor simbólico. Eso explica Juan porque insisto en preguntar por la eficiencia de estos guardianes. Porque ante tal cantidad (en ciertos lugares hay uno en cada poste, nueve en menos de cuatro cuadras) de muñecos colgados, imagino que los delincuentes ya no les tiran bola. No, dice Juan: "los muñecos son siempre una señal de advertencia porque te dicen que en ese barrio los vecinos están organizados."

Los vecinos, como Raúl, piensan lo mismo: "ya saben qué les pasa si los pescamos". Por eso, mientras más parecido al último *thriller*, mejor. Pero Florencio va más allá: "Es como estrategia..., es una prevención. Los fabricamos pues con consenso de los vecinos y de acuerdo al delito que ellos cometan. Porque no puede ser pues: si ellos violan... no pueden estar libres, ni vivos. El que mata tiene que estar muerto también. Ese es el criterio de la zona". Inmediatamente después, Florencio explica que esas son decisiones "emocionales" porque al mismo tiempo sabe que "el que mata es el asesino".

Justicia comunitaria

Los muñecos son, finalmente, el lado más amable de la justicia comunitaria. Porque esa sapiencia de la cultura indígena que castiga al infractor según la falta cometida: con horas de trabajo o devolviendo dos o más veces lo robado pero nunca con el asesinato sino con la expulsión de la comunidad como castigo mayor (quitarle a alguien su sentido de pertenencia), en la ciudad moderna se ha tergiversado. El ladrón atrapado

no sólo paga por el delito cometido sino que carga además con 500 años de furia contenida por la maldita pobreza: “robar a un pobre, eso es lo que da rabia...”.

Juntos y revueltos

Por eso hace poco rompieron todo. Bares, prostíbulos y cuchitriles. Están hartos de tanto alcohol. ¡Qué manera de beber! Porque están alegres o por todo lo contrario, que al final da exactamente igual, esta gente se emborracha sin parar. Esa es la queja de quienes soportan luego, en las calles o en sus casas, las consecuencias de la violencia y el delito macerados en alcohol. La mayoría de los infractores son jóvenes, esos que migraron del campo y se toparon con la televisión y el teléfono celular y se desearon modernos.

Y ahora ¿quién podrá defendernos? Nosotros mismos. Porque la policía, ni hablar. Don César deja escapar algo que todos saben: los policías que hacen rondas por las noches –si es que– “viven por aquí cerca, entonces se van a sus casas a dormir y en las mañanas, como si nada aparecen.” Por eso, por ahora no hay esperanza. Ellos están librados a su capacidad de hacer frente a los embates del mundo moderno intentando sostener los hilos de los lazos comunitarios andinos, apelando a su creatividad que zurce guardianes de trapo, combinando los modos de la comunicación prehistórica con la tecnología del teléfono celular.